
Simitrio nunca se fue

Marco Antonio González Villa

Doctor en Educación. Profesor de la FES Iztacala, CCH Naucalpan y Orientador Educativo EPOEM 52.

antonio.gonzalez@iztacala.unam.mx

La película *Simitrio* de 1960, que obtuvo reconocimiento internacional y el premio Perla del Cantábrico a la mejor película de habla hispana en el Festival Internacional de Cine de San Sebastián, nos muestra a un profesor que se está quedando ciego, lo cual es aprovechado por sus estudiantes para señalar a un compañero que dejó la escuela al inicio de ciclo sin que el profesor lo sepa, Simitrio precisamente, como culpable y responsable de todas las travesuras que se realizan al interior del grupo, así como maldades directas a la persona del profesor, Don Cipriano, interpretado magistralmente por el actor José Elías Moreno. Es una paradoja interesante basada en la limitación visual del docente para identificar al alumno: todos y nadie a la vez son Simitrio. Simitrio es sólo un nombre, un personaje interpretado por cada estudiante en diferentes momentos.

Sin embargo, pese a que Simitrio no tiene un rostro y un cuerpo concreto que pueda ser captado o percibido a través de los sentidos, logra generar, primero interés en Don Cipriano y posteriormente un vínculo significativo y profundo, inspirando un sentimiento que lo lleva a comprarle ropa y a terminar llorando al enterarse de su inexistencia. “*Simitrio siempre estuvo en clase*” le dice el profesor al alumno que le confiesa todo, con lo que le da así, finalmente, un cuerpo y un rostro.

Pero lo que Don Cipriano no sabe es que Simitrio, ya contando con su aval y su cariño, nunca se fue de las aulas y sólo sigue cambiando de rostro, de cuerpo y de nombre para esconderse mejor, a veces mantiene su edad, a veces, obviamente, refleja lo que ha crecido y aparece en los salones de secundaria, de preparatoria o Universidad; Simitrio se volvió alguien atemporal: muchos lo han interpretado, algunos con más gracia que otros.

Es irónico o complicado de entender, incluso de explicar, pero cada Simitrio logra ganarse el corazón o la simpatía de los y las docen-

tes, ya que no sólo es irreverente, desafiante y rebelde, tienden a ser divertidos, ocurrentes y espontáneos, lo que genera sonrisas y risas al interior del grupo, de hecho, tiende a tener una risa contagiosa, así como también suelen tener facilidad para los deportes, tocar algún instrumento, bailar o bien para hacer amistades, ser invitado frecuentemente a fiestas o para ligarse a compañeras de la escuela.

Prueban la tolerancia y la paciencia de cada docente y ponen de relieve que la escuela no está diseñada para alumnos como él, ya que son las actividades no oficiales o extra curriculares, que tienen pocas horas asignadas a la semana, en las que observan mejor desempeño; la calificación es un mero trámite, algo necesario administrativamente, porque lo importante es la experiencia de vivir y sentirse vivo en plenitud. Para su mala suerte, dada su intensidad, Simitrio suele ser incomprendido y comúnmente sancionado por sus autoridades, de hecho, se vuelve el sospechoso número uno cuando algo anómalo ocurre en la escuela; carga con esa cruz y esa etiqueta, pero pareciera que disfruta de ese peso, tiene fe y cree en sí mismo, las pruebas lo avalan: suele pensarse que no tiene un futuro claro, se asume que será irresponsable e inmaduro toda su vida... pero no es así, Simitrio rompió los esquemas en diferentes momentos, mi historia como orientador de preparatoria me permite atestiguarlo, sobre todo recuerdo a aquel Simitrio de las primeras generaciones que atendí, quien parecía divertirse dificultando, pero haciendo entretenida mi labor.

Así, recuerdo a Néstor Simitrio, quien no sólo era un terror con las alumnas de la escuela, ocurrente y desafiante en cada clase, flamante capitán del equipo de fútbol, campeón del torneo interprepas entre los municipios de Ecatepec y Coacalco, casado hoy en día con una exalumna también de la escuela, padre de dos hijas.

Recuerdo también a Miguel Simitrio, a quien llamaban también el “enfermo”, algo de lo cual parecía orgulloso, quien siempre de forma irreverente pedía a gritos a los maestros que lo sacaran de su clase y era un experto tocando la guitarra. Se casó también con una compañera de la preparatoria y viste, lo que nadie hubiera pensado, de manera formal en su trabajo como vendedor en una famosa tienda departamental en una Plaza.

Jorge Simitrio, también era un rebelde e intenso estudiante de la preparatoria, seguro de sí, tuteando a cada docente con gran desparpajo, terminó casado también con una alumna de la preparatoria, fue también vendedor de la misma tienda departamental que Miguel Simitrio y tuvo que portar traje pese a su actitud y gesto de rechazo. Ya su hijo formó parte también de las filas de la Preparatoria, pero mantuvo un perfil más discreto y decidió no ser cara de Simitrio como su padre.

Pipo Simitrio fue uno más de los rostros y cuerpos del personaje, quien, para variar, se casó también con una compañera de preparatoria. De sonrisa amplia y franca, Intenso y apasionado del fútbol, pilar del campeonato obtenido, de hecho, terminó la carrera como maestro de Educación Física.

Y así Simitrio se fue quedando en la escuela como ya señalé. Solamente nos deja cada ciclo y cada generación con la incertidumbre sobre el rostro, la altura o el color de su piel. Sin embargo, hay algo que debo aclarar: Simitrio logró ganarse el afecto de Don Cipriano y consiguió ser un orgullo para su maestro. Por eso, aunque parezca o lo pretendan, no todos pueden ser Simitrio: no es en el fondo mala persona y tampoco abandona la escuela, parecen ser requisitos para desempeñar el rol.

¿Por qué se gana el corazón y la simpatía de todos? Porque, lo aceptemos o entendamos o no, nos ayuda a mirar la educación, el salón y a cada estudiante de otra manera. Haciendo una analogía y paráfrasis de la parentalidad desde la perspectiva de Levinas, diría que es fácil ser padre o madre de un hijo bien portado y obediente, no nos reta y no nos cuestiona, haciendo cómodo y sencillo el acto de educar, pero el diferente, el que cuestiona y rompe con las expectativas, hace que realmente aflore nuestra templanza, nuestra vocación y amor por lo que hacemos. Es en la diferencia no alineándose o alienándose cada estudiante cuando se puede advertir la fuerza de un docente para enfrentar retos y lograr formar a una persona. Simitrio, inevitable y permanentemente, siempre será uno de los estudiantes que resaltan del grupo de alumnos y alumnas de un salón, mostrando con el tiempo la humildad de saber y reconocer lo que uno hizo, o intento hacer, de él. Encontrarlo resulta en una sonrisa para ambos, a manera de complici-

dad, con una sensación de valió la pena tanta persecución, búsqueda por la escuela, regaño y plática sostenida: hay recuerdos en ambos, sensaciones traídas nuevamente en el tiempo presente, aunado a una satisfacción mutua por el reencuentro y por saber que devino en un hombre maduro de bien; podríamos fácilmente ir ya de su brazo confiadamente como Don Cipriano.

No hay docente que no lo haya visto y, podemos asegurarlo, nos resulta inolvidable su rostro y algunas de las experiencias que compartimos en la escuela. Cierra los ojos y piensa por un momento en tu Simitrio ¿pudiste evitar una sonrisa? Seguramente no.